

Juana Meléndez
de Espinosa



Mirando
bajo el árbol
donde los
astros cantan

Literatura

700

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE SAN LUIS POTOSÍ

Si por sus libros anteriores, Juana Meléndez de Espinosa ha merecido el título de *poetisa de la estoica modulación*, que con acierto exquisito le concede Antonio Castro Leal, en *Mirando bajo el árbol donde los astros cantan* su mundo, su provincia exterior, transgrede los perímetros convencionales y los desbordados objetos adquieren importancia subjetiva. Ese ámbito gris, de vientre hueco y escalofriante, es ahora su módulo: el anodino tiempo, la escrupulosa exactitud de los relojes, las pesadillas de la historia cotidiana, la neurálgica circulación de vehículos, la infalibilidad de Galileo y las campanadas inmisericordes: esas sesenta justas circulares que fatigan la sensibilidad. Su elegía se tonsura, pero no se abate. El panteísmo salvador, ya notable en sus poemas anteriores, nos llega desde inveteradas lejanías, como esas aguas sonrientes que se han filtrado a través de hisopos subterráneos, jóvenes de burlar, con gracia acuática, los ramajes escolásticos. Panteísmo que la hace

Sara Sexto Ruiz Ibañeta
con el apoyo de su
amigo Mejinos

MIRANDO BAJO EL ARBOL
DONDE LOS ASTROS CANTAN



JUANA MELENDEZ DE ESPINOSA

MIRANDO BAJO EL ARBOL
DONDE LOS
ASTROS CANTAN

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE SAN LUIS POTOSI

1 9 7 2

A Santiago.

PRESENTACION

Me llamo Juana.
Como veis tengo un nombre
que anda del brazo con el pueblo.

Vivo en una ciudad
que crece poco a poco, pero continuamente,
con nuevos habitantes,
insectos, álamos, hormigas,
y cementerios de gorriones y pájaros.

De día trabajo con manos y mente,
de noche,
duermo con mi hombre y hacemos el amor.
Tengo hijos,
nada de hacienda, poca memoria;
algunos intentos de mi quehacer alucinado,

y un vivir que es ir muriendo
a cada paso de impotencia.

En mi andar cotidiano he visto
que el pragmático y el loco
platican amigablemente,
aunque no se entiendan.
El uno, solemne y satisfecho,
se detiene en guarismos
—no sabe de la marcha a los encuentros—.

El otro continúa andando
o, mejor, soñando,
recibiendo en la boca un pájaro más.

Bienaventurados los locos
que por el ojo de su sueño
entrarán en el cielo.

TAL DIA COMO HOY

Enero, mil novecientos y tantos.
Suena el despertador,
me levanto soñolienta.
El aseo matinal, la manita de gato,
el desayuno.
La vida empieza su costumbre.

Las siete y media en punto.
Me pongo el abrigo, recojo mi cartera
que va llena de papeles
—hojas del pensamiento—.
Salgo al día, ventea, me encojo,
alzo hasta la barba el cuello
y oigo,
lejos de mí cantar la primavera.

Llego a la esquina, subo al autobús
y por veinte minutos voy a ser una rueda
en las calles limosneras de pasos.

Bajo frente a la Prepa.
En los prados crece mustia la hierba,
ni parece que en ellos
llovieran los almácigos.

Entro.
Un débil sol penetra los cristales
y los muebles de pronto cobran vida.
Tomo asiento. Texto X.
¡Qué de antorchas traídas desde Eleusis!

A ver, Rodríguez, ¿qué es el fuego
y su más clara chispa individuada?
El joven titubea, alguien estornuda
y el silencio me exaspera.

Hay quien aprende claridad y le confiere
asombro a la materia de rebrillos circulares,
otros me descubren su mansa zoología
y los demás tratan de alumbrarse
aunque sea con una pobre bujía.

Termina la tarea.
Salgo y recibo la caricia del sol.
¡Qué de fuego danzando,
y qué poquito el aire!

Taranta, tarantela, ataranta.
Perfiles y ojos a prudente distancia
y en la hojosa humedad
luciérnaga y soplo, ráfaga y reflejo,
chispas en onda y, por supuesto,
el mundo sigue, sigue andando.

ARBOL LLAMEANTE EN MEDIO DE LA LLUVIA

Hoy noté un árbol que asciende en el aire.
La tierra le dio vuelo
y es raíz y es rama que penetra
en el cielo que llueve.

Un árbol que se nutre
de la luz y de la lluvia y cuyas ramas
esplenden y flotan
como una cabellera húmeda de soles.

Creo que hoy
Dios me enfocó los ojos fijándolos,
simplemente,
en el árbol que centró su anhelo
en llamear en medio de la lluvia
que cae continuamente,

y despedir esa luz
que mi celda de cal no retiene bastante.

POR LA ENORME AVENIDA

I

A veces vamos por la calle,
lento el paso, no leve.
De pronto sentimos
una cierta humedad de hierbas.
Comienza a sonar la lluvia
recorriéndonos de ecos que despiertan
una edad niña.
Parece, entonces, que blandas pisadas
se acondicionan en inmensos pastos
de selvática tierra que se nos descubre
en goteos interiores.

Bosques, plantaciones,
ríos, cantos rituales.
Ruidos que parten de la jungla,
sendas pisadas por monstruosas patas,

montañas que recorre el cervatillo
en lejanía.

¿Será la vida sólo un recuerdo
o un ansia de posturas ancestrales?

II

Por la enorme avenida
nos vamos desenvolviendo
entre madejas de cláxones y radios.
Los automóviles como manada
se amontonan o corren vertiginosamente.
Apuramos el paso con cuerpo pensativo
y apenas si captamos a la gente
que como luz de noche oscila
tras la pantalla del espeso
bullicio cotidiano.

Todos llevamos cosas extrañas
como quien lleva un cesto bien pesado,
y agobiados avanzamos o nos detenemos
igual que el día mismo.
Quizá vamos ansiando el mar intenso

de los versos de Homero,
quizá desesperando por el regreso a Itaca.

Mas cuando las venas cantan,
algo nos empuja el ojo,
y la mirada que empieza en nada
como una línea une a lo que falta.
Y nos crece la vida y nos crece el ansia
pues somos hombres de dos mundos,
y vivimos haciendo el equilibrio
en la cuerda que separa realidad y ensueño.

ASI FUE AYER...

Rojos reflejos del verano caen,
juegan su juego de último día
entre quemados vahos desprendidos
de la caliente intimidad de soles.

Seguramente que el viento... ,
y esta será la última noche.

Pero yo, amado, entonaré mi canto verde,
desataré mi cintura de mujer bíblica,
me ungiré con aromado aceite,
dibujaré estrellas en mis ojos,
para esta noche de dorados peces,
que se deslizan silenciosos
desprendiendo una rosa roja.

Te esperaré en la cabaña,
te ofreceré vino, pan y sal,
y estrecharás mi cuerpo de pájaros y nubes,
y mis ojos en tus ojos se verán reflejados,
y mis labios en tus labios,
culminarán extasiados en un brindis de sol.
Y al amanecer, rocío, agua radiante
en una nueva rosa roja.

¡Oh, vida! Así fue ayer y así será mañana.

CIELOS DE LA SANGRE

I

*A mi hija.
A mis nietos.*

Lily:
la mañana comienza en tus pupilas
—dos gotitas de sol y miel celeste—
y el cariño se alegra al escuchar
tu encantadora parla de un año.
Voz de agua,
oleaje rebalsado en cantos
allí donde el rosado pececillo
gracioso se menea empujando notas.
¡Anda, amor, dime, lo que cantas!

Mis labios mieleros pronuncian tu nombre
y el jardín lo repite
en triunfo de colores:
Lily, Lila, Liliana, blanco, azul y rojo,
la suavidad florece.

Cuando te calzo los zapatos
con tus piecitos jugueteo
para verte reír.
Ellos caben en una de mis manos,
sin embargo, oh misterio,
el horizonte de mi viaje ya caminan.

Oh, Lily, cielo de mi sangre,
a tu lado tengo un cántaro de agua,
el gozo y el asombro. Luz salvada.

II

San-Santiago-Santiaguito-San.
Mis labios te nombran tiernamente
y ensancho el corazón
hacia los cuatro puntos cardinales.

Vientos del norte tienes en el pecho
dibujados,
y al mirarte latiendo su frescura,
los aspiro con ansia
como si fueran
agua en el aire, goterón de luz.

San-San pinguito-San.
Trébol de cuatro vientos
y gorriones jugueteando.
¡Qué alegres traviosos son tus ojos!
Chispas de luz del luminoso bosque

donde habita el elefante amigo
con quien hablas con voz
que se te curva en risa.

Ahora es así, pero después,
cuando estires la parra de tus sueños
y traído por el viento viajes
tejiendo sol para el trajín de llama,
sabrás que estás aquí iluminándote.

III

Nana-nena-nana.

Duérmete mi niña, duérmete lucero,
duérmete chiquita sin cuidado
que por ti en lo oscuro sé mirar.

Nana-nena-nana . . .

La madre arrulla, el aire se descalza
y en los ojos de la niña
se abre un azul de lirio.

Yo las miro
y a su vista fundamento
mi gozo de raíz que ha dado
tallo y ramas para formar un campo,
donde la luz fluye desde el fuego.

A mis ojos, ambas,
son una maravilla y una confusión,
pues siendo dos son una
viviendo el verde nuevo
del tallo en el que gira
una rosa total.

DIGAMÓS QUE...

Tras un alimento de sueño
cocinado con auténtica materia,
con vida desde la raíz,
tú te dispones a tomar un lugar
en la batalla diaria,
y caminas por la ruta
que sólo cada uno puede seguir.

Digamos que...

El cielo está abierto,
el aire es precioso.
Tú tienes que vivir
con fe en que eres.
Lo preciso de puro en rojo corazón.
Lo preciso de ala por encima de los árboles.
Lo preciso de rama para el pájaro.

Digamos que
tú te inventas,
yo me invento
mientras la noche arriesga sus estrellas.

UN DIA DIFERENTE

Este es un día diferente.
Hay tiempo para mirar las cosas
con ojos frescos,
contemplar el cielo y asombrarse
de verlo tan azul y tan inmenso.

Tiempo para abrir la puerta
donde irrumpen
los intactos colores de la vida,
y volar en espejos la sonrisa.

Tiempo para estar
en la quietud del viejo patio
donde la llovizna de oro
arde sin consumirse,

sobre el color bullente
de la rosa, del lirio y del geranio.

Tiempo para quitar las hojas secas,
verdear lozanos
con chorros jardineros,
y colocar nuevas semillas
—albas de luz, nieve del fuego—.

Y luego visitar a la vecina
que acaba de comprar un disco nuevo
de Joan Báez,
y en tanto lo escuchamos
fumando un cigarrillo,
sentir, sentir, no más,
para saber que cada cosa tiene
un simple nombre: caricia.

Sí. Este es un día diferente.
La cosa está en poder levantarse
desde los propios cabellos
y súbito saltar de dentro afuera
con un caracol abierto entre las manos.

ANOCHECER EN LA CIUDAD

El crepúsculo envuelve a la ciudad
con un velo azul oscuro.
De pronto brota,
en la zona comercial del centro,
una vegetación eléctrica de anuncios.

En los escaparates ráfagas y reflejos
como doradas moscas se paran,
sobre los mil objetos que descansan
en el colchón de lo superfluo,
a incubar los deseos que ampara
la sociedad de consumo.

Allá, en el barrio pobre,
apenas si un farol parpadea
delante del tendajo.
Rojo, como pupila que arde

de tanto ya mirar lo oscuro,
calenturienta y temerosa
de aguardar su destino.

Las nubes se deslizan por el cielo,
la hierba entre grisáceas piedras,
y la luna iluminando la miseria del mundo.

LEYENDO EL DIARIO

En las líneas sordas que almacenan noticias,
diariamente las mismas burbujeantes pestes
que infectan nuestro mundo:
drogas, corrupción, crímenes,
oligarquías, discriminación,
niños que mueren de hambre,
guerra, la pesadilla de la historia
siempre en primera plana.

Vuelvo las hojas y me encuentro
la escritura costosa
del palimpsesto de sociales.
Leo: "Mausoleo de veinte millones".

Oh, Dios, ¿será posible?
¿Hay derecho?... ¿No hay derecho? ...
¿De qué manera si no? ...

Aclarémoslo, por favor
porque con cosas como éstas siento
en mi cara de pueblo un bofetón.

Cerca del mar,
donde la roca sale de la tierra,
un puño oscuro sostiene el pudridero.
Mármoles y bronces,
piedra y acero.
Aislado, muros altos
porque hasta en el sepulcro se divide
la suerte de los pobres.

¡Qué afán de posesión!
¡Qué obsesión de poder... , de ser eternos!
Pero la tierra es avara,
y la muerte justa.
Todo, hasta el recuerdo,
igual que una humareda se perderá en el viento
y ninguna estrella llevará su nombre.

Pues ¿desde cuándo pasa
el hilo hecho con pelos de camello
por el gótico ojo de una aguja,
y los ricos en tropel se van al cielo?

¿Cuál es el nombre cierto,
en la extensión de la tierra,
de quienes arrasan el árbol
y sobre el hambre del pobre
ponen piedra sobre piedra?...

PRESENCIA

La gente pobre vive, anda aquí
llena de amor y de ceniza.
Trabaja, el comercio la agosta,
se da cuenta, soporta,
aguarda buenos vientos
y con una aguja y una hebra
se pone a remendar la bolsa
donde espera, siempre espera,
sacudir unos pesos que le suenen.

Embadurnada de fatigas
la gente duerme, gasta en zapatos,
tiene hijos y le crece la ternura.
Antes, después,
en la camisa lleva cicatrices,
palos en la mirada

y un apretado nudo
en la cintura del alma.

Sin embargo sueña, vuelve a soñar,
va y regala un pájaro, riega una flor,
y de la espiga de su hambre
sabe arrancar un pan
para el que tiene vientre hundido.

Sí, la gente está aquí aguanta, vive
—para ella vivir es no morir—.
Y una y otra vez se impulsa
con la entraña donde arde
el fuego, el maíz, la sangre.

La esperanza de los pobres
no ha de fallarles siempre.

TIERRA SECA

Hace tiempo que oí la última lluvia.
Ahora quema el sol
y la tierra se levanta castigada
en las uñas del aire.

Relumbran las lagartijas en las bardas,
las ventanas bostezan,
las calles
se cuecen y fermentan en su polvo,
mientras chicos y chicas labran,
con arenas ardientes,
varas de bastos para una ley de fuego.

Puro tueste, digo yo.

La tierra seca arde

y el agua se va extinguendo poco a poco
en negación de la fecunda vida.

CENIZAS

¿Cómo era, cómo era? . . .
¿Lo sabes tú, ceniza entre la pira
que ardió en temprano y ávido esplendor?
Tristísima ceniza que cae en mi memoria,
en mi pozo de viento en vez de agua,
y en estas trémulas preguntas
flotando en todo y en nada.

Vaho de címbalos lejanos,
suspendida pavana en la apretada sombra
donde yace la imagen que no miro.

¿Fue ayer, mañana, nunca? . . . °

Vana sombra del recuerdo vano,
memoria fugitiva.
Se quiere retornar y sólo muros;

no hay sombra que recoja
el fulgor de los soles.

Túmulos grises, espacios de silencio,
invencibles cenizas de la inútil batalla.
Si lo sabrás, rincón oculto,
rama de amor o muerte donde posa
un pájaro sin alas.

ULTIMA ESTACION

Invierno es una lenta espera triste,
en él llegamos a reconocernos de verdad:
títeres fatigados,
sensibles e insensibles, inmóviles
como muebles clavados en su sitio.

Ya todo siempre igual.
Las mismas pálidas luces,
la ventana mentirosa
y el presente sin resquicio.

Sin voz ni voto, complicados
en hablar de otros lugares.
¿Te acuerdas?... ¡Oh, entonces!...
Palabras vestidas con retazos
con que amparamos nuestra soledad,
y el gracioso fracaso

de forzar la esperanza de algo
que no se va a tener nunca jamás.

ENTONCES SI

Todos los días son lunes
y no hay manera de saber
si puedo salpicarme de domingos.
Como no sea en traza de esperar
a que un sábado inacorde . . .

Entonces sí,
ya todo será domingo.
El eterno descanso que me aguarda
tras la más engañosa de las justas
con jinete lunado.

¡Cómo si no fuéramos uno
solo en bordes enfrentados!

DE ECOLOGIA

Sólo tenemos una tierra
para vivir y hacernos hombres,
humanamente hablando.
Pero mirad su aire,
más gris que la ceniza.
Miradla,
girando como globo que huye
tratando de ganar distancias.

Con ella nos vamos yendo,
es decir, muriendo.

La naturaleza habla
de los ríos y su erosión,
y de las caracolas fenecidas;
los científicos,
de contaminación.

Y el horizonte hace muecas
en el rostro de todos.

Cómo angustia pensar
que llegue el cierto día
en que ya nada podrá sembrarse,
ni siquiera una lágrima.

COMPRIMIDOS

1

Amor.

Flota,
está en el aire.

Nube,

bulle,
toma forma.

Cuerpo,

siente,
llama,
puro surtidor
ardiente.

Cumple,

se aleja,
finge deshacerse

Flota,

está en el aire . . .

2

Flor.
Leve olor,
risa
de luz prestada.
Débil,
como el ser que la toca.

3

Palabras.

Desde siempre
nada nuevo,
todas una.

Aquí,

allá,
un solo gesto,
un solo amor.

Mar.
Arena,
 peña,
 ola,
 agua y celaje.
Yodo,
sodio,
 cloruro y pez.
Viento,
 barco
 y un solo viaje.

HECHOS

El sol transpira sésamos de fuego,
relumbran las alas de los pájaros,
el agua gotea silabeando,
la tierra se abre.

Nacimiento.

Las hojas deslumbrantes
del árbol con salud de cielo.
El cuello del día que se alarga.
La ciudad fresca con espacios de sueño.
La mirada donde parto.
Viajera del aire.

SI NO FUERA...

¿Qué chorro fiesta de luciente agua?
¿Qué hoja de oro o bulbo henchido
en este sitio donde el viento
gira en remolino, escupe y amón-tona
todo ese hedor humano que parece
no acabarse jamás?

Esta es la hora
del andar por ahí,
indiferentes al río que está al sol
y sus honduras sensitivas;
a los momentos dorados
con que construimos, soñamos y cantamos.

¡Ah, si no fuera
por el poco aire que recojo
en el íntimo patio del granado!

Arbol de llamas

como trinos,

como gritos.

Llamas que arden y se apagan

y escurren gotas de su calidez.

MIRANDO BAJO EL ARBOL DONDE LOS ASTROS CANTAN

Una plaza,
calles hormigueantes
y el mundo en forastero.
Algunas esquinas vulgares,
rostros,
manos que no se estrechan nunca,
y de la sangre ni hablar.

Lo tangible del mundo
y todos los objetos
en conjunción metal y aire.
El lugar de las piedras,
el lugar de las dunas,
playa visitada por las olas
que una y otra vez se mueven
y se van.
Umbral de las llegadas y salidas.

Miro,
y todo en mí.
Sin límites se ordena
en el espacio de mi ser
nunca acabado.

Miro,
mientras arde esbeltamente el árbol
donde los astros cantan.

El árbol,
el ramal del árbol —flor de sol—
el construir de las hojas
y el escucharlas verdeando
en el olor del silencio.

El lugar de los pájaros
que ascienden invisibles
más altos que la respiración,
a la altura de un corazón de hombre
donde se hacen audibles
como una anunciación.

Savia transfigurada,
río ágil de canto,
agua penetrada
por raíces y luz.
La médula y el rito
de azul imaginero,
los pájaros que abren
los signos como un ojo,
la arcilla estremecida

por un deslumbramiento,
y el agua emancipada
al comerse la luz.

A QUIEN CORRESPONDA

Amigo de mirada amplia:
día tras día ruegas sin descanso
porque una estrella baje. . .
Ella arriba, tú acá
esperando el instante que en tus manos
se haga carne.

¿Cómo pasas tus días?
¿Cómo tus noches?
Dios lo sabe.

Tú con tus pájaros,
con tus verdes, con tus piedras,
con tus huesos, con tu sangre,
año tras año construyendo
a golpes de agua que encienden,

húmedos planetas que quisieras
verlos girar en órbitas de oro.

Pero amigo, ¿en dónde estás?
El mundo es demasiado poderoso para ti.
Y a nadie importa
con qué fuego,
con qué sangre,
con qué hueso se combate
la nublazón del mundo.

Y tus manos que buscan, que esperan,
y tienden, sobre la selva blanca,
líneas de fulgentes hojas
con corriente pasada por el sueño,
cerrarán sus dedos en la arena
tras levantar a pulso
la enormidad de amor entre los labios.

REPASO DE LIBROS

Toco sus puertas y pregunto:
¿Quién hay? Nadie responde.
Abro.
Y las letras como rostros
se oscurecen de recuerdos.

Río sin orillas;
orquestación preludio de mi flauta.

Por el cauce del sueño;
olas impacientes
y la espuma sin prisa, paso a paso.

Voces del hombre;
sin un amanecer para el oído.

Por el tiempo y un pájaro;
la llama solitaria
en vilo sostenida por un ala.

Y Esta dura nostalgia;
tocándome los días.
Ráfagas de luz violeta
y torres en el aire.

Palabras que resbalan, se deslizan,
se van quedando atrás,
palidecen y se borran.

Y ahora aquí, empezando de nuevo.
Las puertas lentamente se abren
invitando a penetrar en los dominios
donde sólo podré dar la certeza
de algo inacabado
que me deja sin memoria.
Un día no tendré ni siquiera el olvido.

PALABRA VIVA

De cómo la noche penetra hasta los huesos.
De cómo un fuerte viento paraliza.
De cómo avanzan los amenazantes hielos.
De cómo el paisaje se endurece de aceros.
De cómo en la hierba no hay rocío.
De cómo un monstruo absurdo
nos arranca el horizonte.
De cómo pretendemos conquistar el universo
sin antes conquistar la libertad y la vida.

Lo que se va quedando atrás y nadie llora.
Las charcas turbias de los ojos muertos.
Los cauces de aguas quietas
y el oscuro silencio de las hojas.

Todo esto y más lo anota mi memoria
con un tizón ardiendo.

Y porque miro en todo lo que miro,
y porque siento todo lo que siento,
escribo versos con manos llenas de deseos
y un pedazo de espejo para rasparle al alma
palabra viva, casi de puro hueso,
casi de pura sangre, casi de puro sueño

Y uno quisiera,

quisiera,

quisieraaa

eleva hacia humanas alturas las miradas
o las manos de Dios para cambiar el mundo.

INDICE

Presentación	7
Tal día como hoy	9
Arbol llameante en medio de la lluvia	12
Por la enorme avenida	14
Así fue ayer...	18
Cielos de la sangre	20
Digamos que...	26
Un día diferente	28
Anochecer en la ciudad	30
Leyendo el diario	32
Presencia	34
Tierra seca	36
Cenizas	38
Ultima estación	40
Entonces sí	42
De ecología	43
Comprimidos	45

Hechos	49
Si no fuera...	50
Mirando bajo el árbol donde los astros cantan	52
A quien corresponda	55
Repaso de libros	57
Palabra viva	59

*Bajo los auspicios de los señores:
Lic. Antonio Rocha C., Gobernador
Constitucional del Estado, y Lic.
Roberto Leyva Torres, Rector de la
Universidad Autónoma de San Luis
Potosí, este libro acabóse de impri-
mir el día 5 de octubre de 1972,
en los Talleres Gráficos de la Edi-
torial Universitaria Potosina. Se tira-
ron 500 ejemplares, 250 en papel
Ledger Bond y el resto en Novela.*

cantar porque un rumor de pájaros le sube por las venas, porque el almácigo del sueño se le desborda, y porque antiguos ritos le atosigan la vigilia. Su poesía nos deja la delicada sensación de la presencia intuida, de la incoactiva evaporación del agua, del primer aleteo del ave "que estaba parada ahí". Intuiciones y presentimientos, reveladores de esa oculta habitación de la poesía.

JORGE RUEDAS

□

LIBROS DE POESIA DE LA AUTORA:

Río sin orillas, 1954.

En el cauce del sueño, 1957.

Voces del hombre, 1961.

Por el tiempo y un pájaro, 1965,

con prólogo de Antonio Castro Leal.

Esta dura nostalgia, 1970.